

TESTIMONIO

«Los últimos años de su vida los pasó en Salamanca, acaso los quince o veinte años últimos. Respecto de estos últimos años lo primero que deseo decir es que ciertamente en el P. Arintero se ha notado una evolución y progreso grande en la santidad de su vida, como ha evolucionado también en los estudios pasando de las ciencias a la evolución doctrinal de la Iglesia y después a la evolución mística y a la dedicación total de los estudios místicos. En estos últimos años verdaderamente se notaba en él un grande progreso en la vida espiritual y se distinguía por su piedad, por el fervor con que decía la Misa, por la prolongada acción de gracias, por las visitas al Santísimo y porque daba la impresión de que era un verdadero hombre de Dios. De tal manera que de él se puede decir como de Santo Domingo que no hablaba más que con Dios o de Dios. Y esto me consta por lo que yo he visto y tratado con él y por lo que me decían otros Padres, cuando vivía aquí en Salamanca. En las conversaciones con él, en bromas o en serio, siempre se hablaba de vida espiritual. Cuando paseaba por la huerta o los claustros, casi siempre lo hacía o rezando o con una revista y lápiz en mano subrayando las cosas que le interesaban de lo que leía» (*Testimonio del P. Aniceto Fernández Alonso sobre el P. Arintero*, el 22 de febrero de 1977).

Este Boletín se distribuye gratuitamente.
Quien desee recibirlo puede solicitarlo a:

VIDA SOBRENATURAL
Convento de San Esteban
Apartado 17
37080 – Salamanca
E-mail: vidasobrenatural@fatse.org
Tel: (923) 21 50 00

Si desea ayudar, con su limosna, a sufragar los gastos de edición de esta publicación puede hacerlo por giro postal o transferencia bancaria a la c/c nº **0182- 3726- 11-020-050062- 9**, del **BBVA**.

Biografías sobre el P. Arintero

- A. ALONSO LOBO, *El P. Arintero, precursor clarividente del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1970 (**10 €**, más gastos de envío).
A. BANDERA, *El P. Juan G.-Arintero. Una vida de santidad*, Salamanca 1992 (**35 €**, más gastos de envío).
M. A. MARTÍNEZ, O.P., *El P. Arintero, «restaurador de la Mística en España»* (Celebraciones vivas de los santos 65), Burgos 2004, 48 pp. (**3 €**, más gastos de envío)

Están disponibles estampas y devocionarios del *Amor Misericordioso* y de *María Mediadora*.

P. Juan G. Arintero, O.P.

–*Apóstol del Amor Misericordioso*–

Boletín Informativo

Año VI –nº 17–Mayo-Agosto 2011

Causa de Canonización

Promotor: *Fr. Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.*

«*Deseo a Nuestro Señor, deseo amarle y que muchos le amen*» (P. Arintero).

EDITORIAL

Reflexiones del P. Arintero sobre la Eucaristía (I)

En su célebre obra *Evolución mística*, el P. Arintero dedica unas páginas a hablar de la importancia de la Eucaristía en la vida espiritual de cada cristiano. Si por el Bautismo comienza en nosotros la vida espiritual, por la Eucaristía se perfecciona y se completa¹.

Dada la importancia de este sacramento, Arintero le dedicó una especial atención en su vida personal. Quienes convivieron con él de cerca pudieron percibir la seriedad con que se tomaba la Eucaristía. Dicen que tardaba un poco más que los otros frailes en celebrar la misa, aunque procuraba no excederse en el tiempo en atención a quienes le acompañaban. La celebraba con mucha devoción. A veces se quedaba como absorto, como fuera de sí y con el rostro encendido; especialmente durante la consagración parecía que le cambiaba el semblante, como si realmente estuviera viendo al Señor y gozando de su presencia. Después de la misa, si el tiempo se lo permitía, se quedaba una hora ante el sagrario para dar gracias a Dios por el inmenso regalo de la Eucaristía.

En la mencionada obra Arintero nos habla de la Eucaristía como *sacramento de vida*, haciéndonos caer en la cuenta de la insistencia del mismo Jesús en este aspecto. Ciertamente, en el evangelio de san Juan podemos leer estas palabras: «el pan de Dios es el que bajó del cielo y da la *vida* al mundo» (6, 33); «Yo soy el pan de *vida*» (6, 35); «Yo soy el pan *vivo* que ha bajado del cielo; si alguno come de este pan, *vivirá* para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne, *vida* del mundo» (6,

¹ Idea que toma de santo Tomás de Aquino (cf. III, q. 79, a. 1).

51); «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene *vida* eterna y yo lo resucitaré en el último día [...] Así como el Padre *viviente* me envió, y yo vivo por mi Padre, así también el que me come *vivirá* por mí» (6, 54), etc. Jesús no se cansa de repetir esta idea capital, como la más propia de este sacramento.

Piensa Arintero que esta insistencia de Jesús en la vida que brota de la Eucaristía no puede carecer de misterio. Efectivamente, la Eucaristía nos comunica misteriosamente la vida misma de Dios.

La Eucaristía es la fuente de la eterna juventud y madurez espiritual; por eso es también el coronamiento de nuestra vida espiritual.

Por la Eucaristía, sacramento de los sacramentos, nos alimentamos de Jesucristo, crecemos en él, vivimos de su misma vida, y nos unimos a él hasta el punto de hacernos una sola cosa y ser transformados en él.

Para crecer como hijos de Dios –nos dice el místico leonés–, necesitamos un alimento divino. Sería suficiente alimento hacer la voluntad del Padre para completar su obra, si no fuera por nuestra debilidad. Pero como somos débiles y poco prontos para hacer la voluntad del Padre, debemos fortalecernos y reparar las pérdidas revistiéndonos de la fortaleza de Cristo; y esto lo hacemos comiendo su carne y bebiendo su sangre, sin lo cual no podemos conservar la vida que se nos ha dado en el Bautismo.

Arintero sostiene que para comer este alimento se supone que ya tenemos vida espiritual, pues los muertos no comen; es más, un alimento introducido en un cuerpo muerto, lejos darle vida, aceleraría la corrupción.

En su reflexión Arintero no se olvida de señalar los efectos que produce en nosotros la comunión eucarística. Estos son los siguientes: aumenta en nosotros la vida de la gracia, aumenta nuestra caridad y nuestra unión con Dios, estrecha más fuertemente los lazos que nos unen a Cristo y a todos los cristianos.

¿Cómo saber si la comunión eucarística produce en nosotros de verdad todos esos efectos? Según san Agustín, el criterio para saber que hemos entrado en comunión con Cristo está en el hecho de si nosotros habitamos en Cristo y Cristo en nosotros. Aunque la unión y el morar

corporal de Cristo en nosotros es transitorio, sin embargo, la unión y el morar espiritual, que es lo que se pretende, es permanente. Decía Bossuet que si Jesús viene a nuestros cuerpos es con el fin de unirse a nuestro espíritu. Lo que él busca ante todo es nuestro corazón; y cuando éste no se le entrega de lleno, se le hace violencia, y se le obliga a contener el impetuoso río de gracia con el que quiere inundarnos.

La Eucaristía es obra del prodigioso amor con el que Jesús nos amó hasta el extremo. Y el amor, como dice el Pseudo Dionisio, es esencialmente unitivo; es fuerza de unión, de fusión. Por eso, en el discurso de después de la Cena, Jesús pidió y reclamó con tanta insistencia la perfecta unión de los discípulos entre sí y con él. San Pablo recuerda esto cuando dice que todos los que participamos de un mismo pan somos un mismo cuerpo. Por eso el concilio de Trento llama a la Eucaristía signo de unidad, vínculo de caridad y símbolo de paz y concordia. Por tanto, se trata –dice Arintero– de un banquete de unión *familiarísima* en el que sólo pueden tomar parte los *amigos íntimos*.

Los primeros invitados fueron los apóstoles, cuando ya merecían el nombre de amigos, y conocían los secretos de Dios. Aunque todavía Jesús quiso lavarles los pies, como para indicar la pureza de vida que requiere la participación en este sagrado banquete.

Oración (para uso privado)

Padre lleno de amor y Dios de infinita misericordia, acuérdate del celo ardiente que abrasaba a tu hijo *Juan González Arintero* por dar a conocer el Amor Misericordioso de tu Divino Corazón, y concédeme por su intercesión la gracia que humildemente te pido como signo de tu voluntad de glorificar al que tanto trabajó para que en todo el mundo fuese *conocido, amado, imitado y ofrecido* tu amado Hijo Jesús como Amor Misericordioso. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Pídase la gracia que se desea alcanzar...

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

Comunique las gracias y favores recibidos

N.B. De conformidad con los decretos de Urbano VIII, en nada se pretende prevenir el juicio de la Iglesia.